

abanicos de marfil incrustados en oro y pintados por los primeros artistas. Allí tenía á su lado la princesa real y el Delfín, que encantaban á cuantos los veían; disponiendo siempre partidas de caza, de campo, fiestas, teatros, bailes. ¡Qué diferencia á la Conserjería, al tribunal revolucionario y al infame cadalso!

Para mayor desgracia, todos sus amigos fueron tan imprudentes como sus enemigos implacables. Los primeros en deshonrarla y en perderla fueron las personas de su familia, los hermanos del Rey. Se habla mucho por todos los reaccionarios de las injurias inferidas á la Reina en el tribunal terrorista. Ninguna tan terrible como las calumnias ideadas por el conde de Provenza. Sucesor al trono si su hermano Luis no tenía hijos, anhelaba con verdadero anhelo tan pingüe sucesión. Y no hay pasiones tan inquietas como las pasiones suscitadas por las herencias en los palacios. Aquel que está cerca del trono, que ve sus tentadoras eminencias al toque de las manos, que observa diariamente las satisfacciones del poder, siente despertarse en su seno el orgullo, la ambición, la soberbia, la sed de mandar, y cometería toda suerte de crímenes para satisfacer esta pasión, y más contra aquellos que en su sentir y en su creencia le despojan criminalmente de un derecho. No hay sino ver en nuestra Historia toda esa larga dinastía de infantes que desacatan á su padre como don Sancho *el Bravo*, ó que inmolan á su hermano, como don Enrique de Trastámara. El conde de Provenza creía que Luis XVI no podía tener hijos; ó por ende que los hijos de su cuñada eran todos adulterinos. Así, como el galante conde de Artois, su hermano, galantease mucho á la Reina, dijole una vez ante la corte: «Procura en tus amores no dañar tus derechos». Ya hemos contado lo que hizo en el bautizo de la princesa real. Cuando sobrevino el nacimiento del pobre Delfín, su furor subió de punto, y una vez se dejó decir que jamás reconocería por Rey de Francia al hijo de Coligny. Hasta los afectos más tiernos y más dignos de María Antonieta calumniaba, hasta su amistad á la dulce princesa de Lamballe. ¡Ciego! no adivinaba que así como toda su familia había sido solidaria en el derecho, iba también á ser solidaria en el infortunio. No adivinaba que vertía desde las alturas del trono la revolución sobre los abismos del pueblo. No adivinaba que aquellas calumnias se filtraban, desde las cimas de los palacios, en los antros del club y en los corazones de las muchedumbres. Pensaba de tal suerte abrirse las puertas del poder y se abría las puertas del destierro. Pensaba levantar un trono para sí cuando levantaba un cadalso para los suyos. El pueblo veía, al recoger estas calumnias que los encargados de dirigirle ni resultaban siquiera iguales á él: antes inferiores, muy inferiores. Por consecuencia, los designaba ya en su pensamiento para un tremendo castigo. Cuántas veces, allá en la emigración, teniendo la frontera y los ejércitos aliados entre la convención y su vida, el conde de Provenza, al ver su bella hermana recluida en una prisión, calumniada en la persona de sus hijos, yendo á morir en una carreta sacrificada en una guillotina, se habrá visto al resplandor siniestro de sus remordimientos

en los celajes oscuros de lo porvenir, entre los verdugos y los sayones de aquella desgraciada mujer, de aquella martirizada reina. El mal hiere primero al malvado.

Mas no eran éstos los únicos maquinadores de tanta ruina y de tanta desgracia. Dos príncipes de la sangre contribuyeron también á esta obra de perdición: el conde de Artois el uno, y el otro el duque de Orleans. Cuando se ha vivido cerca de los últimos días de Carlos X y se ha visto el desarrollo de la revolución de Julio producida por sus terribles supersticiones religiosas, apenas puede comprenderse que este viejo beato sea el joven caballeresco, alegre, epicúreo, amigo de saraos y de fiestas, galanteador sempiterno, regocijo de palacio, ornamento de dinastía, que tanto llegó á reír, á gozar, á divertirse, á jugar en los días brillantes de tan felices mocedades. Ligero, imprevisor, dado en cuerpo y en espíritu á las fiestas, habíase poco á poco hecho una especie de caballero sirviente de su regia cuñada, excitándola de continuo á los bailes, á las correrías, á las cazas, á toda clase de divertimientos, con lo cual enconaba aún más las faltas de su carácter y la perdía en el público concepto. Verdaderamente, cuando el genio de la revolución bajaba en lenguas de fuego sobre la frente del pueblo sumido en las tinieblas, era caso bien extraño que un príncipe de la sangre, educado en esas alturas, cuyas cúspides reverberan la luz de las ideas, y tocan con las cimas de la ciencia, no tuviese la previsión ni el presentimiento de las próximas tempestades. En cambio el duque de Orleans vivía unido estrechamente á la revolución. Heredero de una familia que no pudo alcanzar nunca el mayorazgo de la corona, heredó todas las cóleras y todas las envidias de tantos pretendientes amargados por sus ambiciones y sus esperanzas frustradas; hijo de una mujer, cuya vida fué una orgía continua, comparable sólo á las orgías de la antigüedad, heredó el hervor de su sangre y su sed hidrópica de goces y placeres. Pasó una parte de su vida en la orgía de los sentidos, y otra parte de su vida en la orgía de las ideas, siempre por ese afán de renombre, de influencia, de ruido, que aqueja á cuantos nacen cerca de los poderes supremos y crecen al amparo de su sombra. Su casa, que fué primero asilo de todos los calaveras, se convirtió después en asilo de todos los conspiradores. Pero su móvil resultaba siempre el mismo: anhelo de placeres, ora de los placeres del amor, ora de los placeres de la ambición. Se madre no sabía de cuál de sus amantes era hijo. Cuando caéis en una zarza, preguntaba brutalmente la princesa ¿por ventura averiguáis qué espina os ha picado? Así, no debemos extrañarnos que su hijo ningún crepúsculo filial sintiera cuando presentó una información demostrativa de pertenecer, no sólo en alma, sino en cuerpo también, á los plebeyos por haberle tenido su madre de un cochero. Sus caballos metían más ruido que sus victorias. Conocía todos los medios de agitar y no conocía los medios de vencer. A unos imponía miedo, á otros amistad, á nadie respeto. Le faltaban las dos cualidades esenciales á los que han de combatir en política; el desinterés y el valor. Cuando tras una protesta en los Estamentos, y una torpeza en los mares, le desterraron, se arrastró por las antecámaras

de palacio para conseguir su libertad y su regreso á los gozes y al esplendor de la corte. Y así que volvió, quiso tener cortesanos, y tuvo á los clubs y á las sociedades secretas que siempre dan á los pequeños con la sombra y el misterio falso aspecto de grandeza. Pero su debilidad sólo era comparable con su ambición. Un día que en la Asamblea leía cierto discurso, como uno de los diputados, que se ahogaba de calor, gritase «abrid las ventanas», cayó desvanecido y desmayado el príncipe, creyendo que aquel grito natural era un grito de amenaza y un comienzo de conjuración contra su vida. Cuando le desabrocharon para devolverle el sentido, como se suele hacer con las damas nerviosas, encontráronse con que llevaba los forros de pieles de zorra pegados al cuerpo para que le preservaran del golpe ó puñalada. Un día cita mucha gente á verle subir en globo aerostático, entonces recién descubierto, y correr los peligros de la navegación aérea. Todo estaba preparado y convenido. El globo se henchía y se remontaba, la navicilla esperaba gallardeando á su regio huésped, cuando sobrecogido de un inesperado temor, se arrepiente y se atrae los silbidos y los gritos de la muchedumbre. Su odio á la Reina no tenía límites. Verdad es que la Reina lo provocaba. Presentóse un día en la comida regia, y al pasar ante el sitio donde estaba el cubierto de la reina, lo preservaron de su contacto como si pasara un público envenenador. ¡Ah! No envenenó el cuerpo de la reina con ningún género de tósigo, pero envenenó su alma con todo género de calumnias. ¡Qué funesto dón estas familias segundas, estas ramas inferiores en las regias dinastías! ¡Qué conspiraciones tan permanentes! Los Reyes quisieran que todos sus hijos fueran Reyes. Por eso, cuando la idea de la patrimonialidad de los reinos predominaba sobre la idea del Estado, todavía no bien definido, los Reyes, sintiendo más al morir la voz de su corazón que el interés de su reino, dividían la corona entre todos sus hijos. Pero, al constituirse las nacionalidades modernas, al concretarse la idea antes vaga del Estado, y por consecuencia suceder á la antigua indeterminación leyes rigurosas sobre el principio de los principios en las naciones monárquicas, sobre el principio hereditario, la corona se convirtió en mayorazgo indivisible, y hubo necesidad de compensar en los hijos segundos la falta de poder con la sobra de riqueza. Por esta manera se formó junto al reino de Francia, patrimonio de los hijos mayores, el ducado de Orleans, patrimonio de los hijos menores en la regia familia. Mas no hay riqueza en el mundo que pueda henchir los vacíos de un corazón educado como para reinar y caído desde tan vertiginosa altura en la vulgar condición reservada á los príncipes bien alimentados y bien ociosos. Así, la dinastía de los Orleans ha sido secular enemiga de la dinastía de los Reyes. Cuando la autoridad monárquica dominaba todas las alturas y el respeto monárquico todos los corazones, las competencias de familia podían reducirse á un mero cambio en la persona del Rey; á mayor ó menor influencia en la gestión de los negocios; pero desde el punto en que las ideas y las cóleras revolucionarias estallaron, y á su fuerza reunieron estas ambiciones de corte, las competencias dinásticas dañaban á algo más ele-

vado que los reyes mismos, al principio sustancial de la monarquía. Junto á la helado y áurea corona de los reyes se elevaba esta corona de fuego de los Orleans. Podía pesarles mucho á los unos la suya sobre la frente; les pesaba mucho más á los otros la suya sobre el corazón. Así el duque de Orleans en las guerras de la Foronda debía conspirar contra Luis XIII; el duque de Orleans en el palacio de Versalles conspirar contra Luis XIV; el duque de Orleans en los tiempos de la restauración conspirar contra Carlos X, como si esta familia de los Orleans fuera una de aquellas familias trágicas de la Grecia antigua, á manera de los atridas, que llevaban sobre su frente la marca indeleble de la fatalidad y no podían sustraerse á la obligación de transmitir por siglos de siglos y de generaciones en generaciones el peso incontrastable de un mismo destino, del cual eran reos y víctimas. Mas, considérese esto como se quiera, resultaba dañósísima su consecuencia final y suprema á la misma monarquía. Los dos príncipes, el de Orleans y el de Artois eran igualmente funestos, por sus ligerezas el uno y por sus depravaciones el otro; éste por su afán de divertirse, y aquél por su afán de gozar; éste por su cariño á la reina, y aquél por su odio; éste por su espíritu caballeresco, y aquél por su espíritu mercantil; éste por sus conexiones con la nobleza, y aquél por sus conexiones con la plebe; éste por sus ideas religiosas, y aquél por sus ideas filosóficas; éste por su apego á la reacción, y aquél por su apego á la revolución; ambos por exagerados en dos sentidos opuestos y por ignorantes de su atormentada sociedad y de sus procelosísimos tiempos.

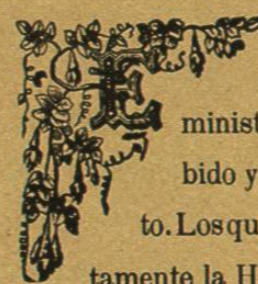
Que no vengan, pues, los que en la Historia toman siempre el cómodo papel de abogado de los poderosos á echar sobre el pueblo la responsabilidad de los odios desatados contra los reyes, y de las calumnias más negras que los odios. Los primeros en perderlos, en desacreditarlos moralmente, en revelar secretos ó inventar fábulas sobre las relaciones de los dos regios esposos, fueron los mismos que, deshonorando su sangre, se deshonoraban sus propios nombres. Lo único que realmente los pudo excusar, en su desconocimiento completo de la grande agitación de aquel siglo y de las consecuencias que esta agitación tempestuosa iba á traer á la vida. La nueva idea debía romper el gastado organismo de la antigua. Y este organismo era la monarquía. Y esta monarquía estaba condenada providencialmente cuando se levantaban, como por un espíritu superior movidos, los mismos que mayor interés tenían en salvarla. Subid hasta los orígenes de la monarquía y encontraréis que todo se conjura para fundarla; venid á su decadencia y encontraréis que todo se conjura para perderla, hasta los mismos príncipes. Cuando espiró Luis XV, el delfín y la delfina se arrodillaron y pidieron el auxilio divino, ya que les tocaba reinar tan jóvenes. En efecto, el rey tenía veinte años y la reina diez y nueve. La única fuerza de que entonces disponían, la ignoraban, su juventud, que inspiraba al pueblo una verdadera esperanza. Jamás intenciones más sanas se vieron secundadas con medios menos eficaces. El Rey quería á toda costa cambiar la política de su abuelo, y sobre todo, corregir las malas cos-

tumbres con su saludable ejemplo. Creía candorosamente que le era posible purificar con su propia pureza las impurezas del Estado: Creía que bastaba la buena voluntad para realizar el milagro de una súbita transformación. Su recto sentir se vió en el empeño que tuvo de conjurar la influencia austriaca; y su debilidad en los medios torcidos que empleaba para llegar á su fin. Cuando más necesidad había de un sistema determinado, reinaba un espíritu incierto; cuando más necesidad de un proceder seguro, la más nociva incertidumbre. Lo único que tenía fijo era el propósito firme de preservarse á la influencia austriaca y á los halagos de su mujer movida siempre, impulsada siempre por su familia. En efecto, María Teresa no dejaba vivir á María Antonieta, para que de su posición se aprovechara y sirviera á la política austriaca. Juan II, hermano de la reina, extraño personaje, lleno de viejas tradiciones y de nuevas ideas, con propósitos de avivar el espíritu moderno y robustecer la antigua monarquía, mayor á causa de la altura de sus pensamientos que á causa de la altura de sus resoluciones, ideaba no sólo aquellas reformas interiores de la Iglesia, tan contrarias al poder y á los intereses de los Papas, sino también predominó en Alemania, imperio sobre los esclavos, conquistas en Turquía, algo de esa grandeza de miras y de esta extensión de propósitos que hereda de sus mayores y que sólo exigían para una pronta realización tener segura á Francia, nación poderosísima é inquieta, la cual debía estar presa en el tálamo imperial de sus reyes. Así, la reina quería que su marido nombrara ministro al ajustador de su boda, el antiguo amigo de su madre, al instrumento del Austria, al célebre Choiseul. Pero el rey, que se iba á meditar sobre los grandes problemas políticos en sus fraguas, junto á sus yunques, allá por las buhardillas de su palacio, en compañía de un pobre oficialillo que tiraba del fuelle y avivaba la lumbré, resolvió, después de hojear algunos papeles preservados en tal sitio á la avizora mirada de su mujer, dar de mano á Choiseul y nombrar un ministro anti-austriaco como Maurepas, que fuese verdaderamente un valladar opuesto á las maquinaciones del Austria. Cuando llamado de su destierro Choiseul por inflajo de la reina, se presentó en palacio, el rey le dijo tan sólo que estaba muy calvo y muy gordo y le volvió la espalda. Desde aquel día se perdió la influencia del Austria á pesar de los halagos de María Antonieta. Así es que la emperatriz escribía diariamente á la reina que se apresurase á tener un hijo, á dar delfín á Francia, heredero al rey, para cobrar la alta influencia política de que tan necesitado estaba su imperio.



CAPITULO DÉCIMO

Las transacciones y los intransigentes.



El ministro que caracteriza verdaderamente la transacción indispensable con el espíritu moderno es Turgot, y el ministerio que la define su ministerio. Hay muchas gentes que entran en la historia con un plan preconcebido y que se proponen vaciar los hechos en el molde de su individual pensamiento. Los que van á lo pasado con ese espíritu de secta, fantasean y falsifican completamente la Historia. ¿Qué diríais de un naturalista el cual entrara en los reinos de la naturaleza con una flora una zootecnia á su arbitrio oponiendo á los animales reales sus animales fantásticos? Pues de igual suerte debe juzgarse al historiador que sustituye á los hechos de la realidad los hechos de su conciencia y las arbitrarias concepciones de su pensamiento individual. Y no conozco una concepción histórica más arbitraria que aquella empeñada en inquirir cómo y por qué medios la revolución se hubiera evitado. Estos optimistas ven á una en el natural bondadoso de Luis XVI y en la inteligencia elevadísima de Turgot los medios verdaderos de impedir el conflicto y de descargar la revolución. Creen que bastaba la excelente intención del Monarca y la alta inteligencia del ministro á conjurar la catástrofe y á desarmar la nube tonante cuyos relámpagos atravesaban en toda su infinita extensión la conciencia de aquel pueblo. Imaginan los que así piensan cosa hacedera y posible transformar gradualmente una sociedad tan oprimida como la sociedad francesa, tan llena por un lado de ideas radicales y por otro de antiguas supersticiones. Se reforman de esa suerte los pueblos que han aceptado el principio vital por ex-